

## LA MUERTE AL REVÉS

*El presente artículo, que en el original lleva por subtítulo «El cambio de actitudes ante la muerte en las sociedades occidentales», realiza un análisis histórico retrospectivo sobre algunos aspectos del comportamiento humano ante la muerte. Intenta, así, reencontrar lo que la ciencia actual ha descubierto en nuestra sociedad y que se ha dado en llamar la «crisis contemporánea de la muerte»- El silencio que reina actualmente alrededor de la muerte y todos sus signos es considerado aquí como una verdadera crisis de la individualidad. Aunque el autor se sitúa en el campo de la historia de la cultura y dirige su estudio a sociólogos y especialistas de las ciencias humanas, quiere también ser una voz de alerta para el cristiano: éste no debería ser cómplice involuntario de una sociedad que rechaza la muerte o que, cuando no puede evitarla, la devalúa con el fin de olvidarla mejor.*

*La mort inversée. Le changement des attitudes devant la mort dans les sociétés occidentales, La Maison-Dieu, 101 (1970) 57-89*

Es sorprendente que las ciencias humanas, tan locuaces al tratarse de la familia, del trabajo, de la política, del ocio, de la religión, de la sexualidad, hayan sido tan discretas respecto a la muerte. Su silencio no es más que una parte de ese gran silencio establecido en las costumbres a lo largo del siglo XX. Sin embargo, después del ensayo de Edgar Morn, *L'Homme et la mort devant l'histoire*, Alberto Tenenti se ocupó de la historia de la muerte en dos libros: *La Vie et la Mort á travers l'art du 15<sup>e</sup> siècle* (1952), *Il senso della morte e l'amore della vita nel Rinascimento* (1957). Y Geoffrey Gorer dio comienzo a la sociología de la muerte con su artículo *The pornography of death* (1955). Aparece, luego, un conjunto de estudios interdisciplinarios (antropología, arte, literatura, medicina, filosofía, psiquiatría, religión...) publicados por H. Feifel bajo el título *The meaning of death*. La literatura de opinión sobre el tema tuvo su mayor éxito con el libro de J. Mitford, *The American way of death*. La muerte vuelve, pues, a ser lo que había dejado de ser desde fines del romanticismo: un tema inacabable de anécdotas. El público comienza a interesarse por la muerte, tenida quizá antes como una cosa prohibida y casi un poco obscena.

Las actitudes comunes ante la muerte, tal como son descubiertas por los hombres de ciencia de hoy -sociólogos, psicólogos, médicos-, parecen tan nuevas, tan desconcertantes, que todavía no se ha podido desligarlas de su modernidad y restituir las a su continuidad histórica. Esto es lo que se intentará hacer aquí, alrededor de tres temas: la desposesión del moribundo, el rechazo del duelo, la invención de un nuevo ritual funerario en los EE. W.

### LA DESPOSESIÓN DEL MORIBUNDO

#### **El hombre, dueño de su muerte**

El hombre ha sido durante milenios el dueño soberano de su muerte y de las circunstancias de su muerte. Actualmente ha cesado de serlo. ¿Cómo ha sucedido esta transformación? Al principio se entendía como cosa normal que el hombre supiera que iba a morir, sea que se diera cuenta espontáneamente de ello, sea que fuera necesario advertírselo. La muerte era, entonces, raramente súbita, aun en casos de accidente o de

guerra. Y la muerte súbita era temida no sólo porque no permitía el arrepentimiento, sino porque privaba al hombre de su muerte. La muerte, por tanto, era siempre anunciada en un tiempo en que aun las enfermedades poco graves eran ordinariamente mortales. Y cuando el interesado no se daba cuenta de su suerte, tocaba a otros advertírselo. Un documento pontifical de la edad media hacía de ello un deber del médico. Y aquél lo cumplió durante mucho tiempo, de buena gana. Las "*artes moriendi*" del siglo XV encargaban también este cuidado al amigo "espiritual" a quien se daba el nombre, terrible para nuestra delicadeza moderna, de *nuncius mortis* (mensajero de la muerte).

A medida que se avanza en el tiempo y se sube en la escala social y urbana, el hombre siente menos su muerte próxima, hace falta prepararlo más y, por consiguiente, depende más de lo que le rodea. El médico renunció, seguramente ya en el siglo XVIII, al papel que durante mucho tiempo fue suyo, pues en el XIX no habla más que si se le interroga, y lo hace ya con cierta reserva. Los amigos ya no pueden intervenir. Aun en el siglo XVII hay indicios de que cuando alguien se ahorra el tener que revelar a un moribundo su próxima muerte, siente alivio. Este sentimiento de alivio es un rasgo moderno, en cambio la necesidad de anunciar la muerte es un rasgo antiguo.

No solo era necesario que el moribundo no fuera privado de su muerte. También lo era el que presidiera tal acontecimiento. Como se nacía en público, se moría en público. A partir del momento en que alguien yacía en el lecho, su habitación se llenaba de gente, padres, hijos, amigos, vecinos... Cuando en la calle se reconocía al sacerdote que llevaba el viático, el uso y la devoción recomendaban seguirle hasta la habitación del moribundo, aunque fuera un desconocido. La cercanía de la muerte transformaba la habitación en una especie de lugar público. No creamos que la asistencia a los últimos momentos era una piadosa costumbre impuesta por la Iglesia. Los sacerdotes mismos habían ensayado, antes que los médicos, ir contra este comportamiento a fin de preparar mejor al enfermo para un final edificante. Pero la costumbre imponía que la muerte fuera el lugar de una ceremonia ritual en la que el sacerdote tenía ciertamente su sitio, pero en medio de los otros participantes. Y el papel principal correspondía al moribundo mismo. Él presidía y, al hacerlo, no vacilaba, pues sabía cómo comportarse después de haber sido tantas veces testigo de escenas semejantes. Llamaba a sus padres, a sus familiares, a sus criados; les decía adiós, pedía perdón, les daba su bendición. Investido de una autoridad soberana por la cercanía de la muerte, daba órdenes, hacía recomendaciones. Y esto aun cuando fuera muy joven o casi un niño.

## **LA DESPOSESIÓN DEL MORIBUNDO**

### **El hombre, privado de su muerte**

Actualmente no queda ni siquiera la noción, que cada uno tiene o debería tener, de que su fin está próximo, ni nada del carácter de solemnidad pública que tenía el momento de la muerte. Lo que debería conocerse está en adelante oculto; lo que debería ser solemne se ha escamoteado. Hoy se piensa que el primer deber de la familia y del médico es disimular a un enfermo desahuciado la gravedad de su estado. El enfermo no debe saber, salvo casos excepcionales, que su fin se aproxima. El nuevo uso exige que muera en la ignorancia de su muerte. Y no se trata solamente de un hábito introducido en las costumbres, sino que ha llegado a ser una norma moral. Se arguye para ello a partir del "amor y de la caridad".

Esta evolución está ligada a los progresos del sentimiento familiar, al casi monopolio afectivo de la familia en nuestro mundo. La familia no ha podido seguir tolerando el golpe que significaba para el ser amado y para ella misma, el agudizar la presencia, la certeza de la muerte al prohibir toda simulación e ilusión. ¡Cuántas veces se oye a un esposo o a un pariente decir: "Tengo al menos la satisfacción de que él (o ella) jamás sintió que iba a morir"! En realidad, quizás muchas veces el enfermo sabía a qué atenerse, pero fingía no saberlo por piedad con respecto a los que le rodeaban. Así, pues, no sólo la familia renunció a su papel de "mensajero de la muerte", sino también, el interesado a presidir este acontecimiento. La historia de la familia, y no sólo el miedo a la muerte, nos da la explicación de este fenómeno. El hombre de la edad media y del renacimiento se aferraba a participar en su propia muerte porque consideraba que éste era el momento excepcional en el cual su individualidad recibía su forma definitiva. No era el dueño de su vida sino en la medida en que lo fuera de su muerte; y la familia estaba excluida de las graves decisiones que él debería tomar, solo frente a la muerte. A partir del siglo XVII, ha dejado de ejercer esta soberanía sobre su vida y, por consiguiente, sobre su muerte. La ha compartido con su propia familia.

El estudio de los testamentos nos da una idea de esta evolución en la familia. Del siglo XIV al XVIII el testamento fue un medio espontáneo de expresión propia y representaba, al mismo tiempo, un signo de desconfianza con relación a la familia. En el siglo XVIII, sin embargo, el sentimiento familiar triunfa sobre la tradicional desconfianza del testador que es reemplazada por una confianza absoluta sin necesidad de textos escritos. Mucho más tarde, las últimas voluntades orales llegan a ser sagradas para los familiares que se consideran comprometidos a respetarlas a la letra. De su parte, el moribundo está convencido de que puede descansar, sin inquietud, en la palabra de sus allegados.

Desarrollada durante el siglo XIX, esta confianza ha llegado a ser, en el siglo XX, una verdadera alienación. En cuanto un riesgo grave amenaza a un miembro de la familia, ésta inmediatamente conspira para privarlo de información y libertad. El enfermo se convierte entonces en un menor o en un débil mental a quien el esposo o los padres toman a su cargo, separan de la gente; saben mejor que él mismo lo que debe hacer y saber; y es privado de sus derechos, en particular del derecho, en otro tiempo esencial, de conocer su muerte, de prepararla, de organizarla. Y él mismo permite todo esto porque está convencido de que es por su bien. Se confía al cariño de los suyos. Si, a pesar de todo, ha adivinado su fin, simulará no saberlo.

### **El progreso de la medicina**

En este trabajo de oscurecimiento de la muerte han contribuido también los progresos de la medicina. Y no tanto por sus progresos reales, cuanto porque ha reemplazado, en la conciencia del hombre, la muerte por la enfermedad. Esta sustitución aparece en la segunda mitad del siglo XIX. Cada vez se sabe mejor si la enfermedad es o no mortal. Las posibilidades de escapar del peligro aumentan muchísimo, y siempre queda el recurso de pensar que, aun disminuido, se puede seguir viviendo. Así, pues, en nuestro mundo se comporta uno como si la medicina tuviera respuesta para todos los casos. Sólo el cáncer, la enfermedad incurable, ha tomado los rasgos horribles y tenebrosos de las antiguas representaciones de la muerte. Más que el esqueleto o la momia de los siglos XIV o XV, más que la lepra, hoy la muerte es el cáncer. Pero hace falta que la

enfermedad sea incurable para que deje transparentarse a la muerte y le dé su nombre. La angustia, entonces, empuja a la sociedad a multiplicar precipitadamente las consignas habituales de silencio. Y cuando alguien muere, lo hace casi ocultamente, clandestinamente. Esta clandestinidad nace, en efecto, de la oposición a admitir la muerte de los que se ama, más aún, del oscurecimiento de la muerte detrás de la enfermedad obstinadas en curarse.

### **Un nuevo estilo de morir**

Donde nosotros nos sentimos tentados a no ver más que escamoteo, existe también otro aspecto que la sociología actual ha llegado a descifrar. Se trata de la creación empírica de un nuevo estilo de morir en el que la discreción aparece como la forma moderna de la dignidad. Actualmente se muere cada vez menos en la casa y cada vez más en el hospital. Éste ha llegado a ser el lugar de la muerte moderna. Las observaciones realizadas allí descubren un ideal de la muerte que sustituye a la publicidad tradicional. Vemos formarse así un modelo nuevo de morir, un *estilo de morir* o, mejor, un *aceptable estilo de vivir mientras se muere*, un *aceptable estilo de enfrentarse con la muerte*. Importa, por tanto, que la muerte sea tal que pueda ser *aceptada o tolerada* por los sobrevivientes.

Si médicos o enfermeras retardan todo lo posible el momento de advertir a la familia, si rehuyen prevenir al enfermo mismo, es por temor a ser arrastrados por una cadena de reacciones sentimentales que les harían perder a ellos, tanto como al enfermo y a la familia, el control de sí mismo. Osar hablar de la muerte, admitirla simplemente en la relación social no es, como antes, permanecer en lo cotidiano, sino provocar una situación excepcional, exorbitante y dramática. Las escenas de desesperanza, gritos, lágrimas y todas las manifestaciones muy exaltadas constituyen todo lo contrario del *estilo aceptable de morir*, es decir, constituyen un *morir embarazosamente desagradable*, la muerte que lleva a los sobrevivientes a la confusión. Para evitarle, se opta por no decir nada al paciente. En el fondo, lo que importa no es que éste sepa o no su fin, sino que tenga el coraje de ser discreto. Pero no solamente que sea discreto, sino que permanezca abierto y receptivo a las indicaciones de los médicos. Su indiferencia correría el riesgo de crear la misma confusión que el exceso de manifestación. Hace falta que colabore en la lucha contra la enfermedad. El gesto de aceptar tranquilamente la muerte cuando se estima que ya se ha luchado suficientemente, algo que en otra época no hubiera sorprendido a nadie y que hubiera sido respetado, se considera hoy como un rechazo antisocial de la comunicación, una renuncia culpable a la lucha vital.

## **LA REPULSA DEL DUELO**

### **El duelo, expresión legítima del dolor**

Acabamos de ver cómo la sociedad moderna ha privado al hombre de su muerte. Recíprocamente, ella prohíbe a los vivos aparecer conmovidos por la muerte de los otros y no les permite ni llorar a los difuntos ni simular recordarlos. Sin embargo, el duelo fue hasta nuestros días el dolor por excelencia, y su manifestación legítima y necesaria. El dolor ante la muerte de un allegado constituía la expresión más violenta de los más espontáneos sentimientos. Durante la edad media, los más duros guerreros o los

soberanos más ilustres se derrumbaban ante los cuerpos de sus amigos o parientes muertos, como mujeres histéricas, diríamos hoy. Las manifestaciones de duelo han perdido, a partir del siglo XIII, su espontaneidad. Se ritualizan. Las grandes gesticulaciones de la edad media son ahora simuladas por plañideras. Éstas persisten aún hoy en algunas regiones meridionales y mediterráneas. Pero ya el Cid del romancero exige en su testamento que no haya plañideras en sus exequias: ni flores ni coronas. Más tarde, los testamentos de los siglos XVI y XVII muestran que los cortejos funerarios estaban compuestos principalmente de figurantes análogos a las plañideras: monjes mendicantes, pobres, enfermos vestidos de negro para la circunstancia. Cabe la pregunta de si los parientes más próximos tomaban parte en tales funerales. A los amigos, ciertamente, se les ofrecía un banquete, ocasión de excesos que la Iglesia se esforzó por suprimir. Los testamentos muestran que el testador reclama, muchas veces con insistencia, la presencia en su cortejo de un hermano o de un hijo y, más frecuentemente, de un niño. Parece que la imposición a la familia, por parte de la sociedad, de un período de reclusión que la alejaba incluso de las exequias -en la que era reemplazada por numerosos sacerdotes y plañideras profesionales- puede datarse hacia el fin de la edad media.

La finalidad de la reclusión era doble: permitía a los allegados verdaderamente apenados poner su dolor al abrigo del mundo y alcanzar la duración de sus penas; y, por otra parte, impedía que el desaparecido fuera olvidado muy pronto pues excluía a los parientes, durante el período de penitencia de las relaciones sociales y de los gozos de la vida profana.

El siglo XIX no trajo ninguna atenuación al rigor de la reclusión. Pero entonces ya era menos obligada y más voluntaria; no prohibía ya la participación de los allegados y de la familia en el gran drama de las exequias, en la peregrinación a las tumbas, en el culto exaltado del recuerdo que caracteriza el romanticismo. Así, ya no se tolera que las mujeres fueran, como antes, excluidas de los servicios funerarios. Y hacia el fin del siglo XVIII y comienzos del XIX, los progresos del sentimiento familiar se combinan con las antiguas tradiciones de reclusión para hacer del luto menos una cuarentena impuesta y más un derecho a manifestar, a pesar del decoro normal, un dolor excesivo. Si se pudiera trazar una curva del duelo, se tendría una primera fase aguda de espontaneidad abierta y violenta hasta, cerca del siglo XIII, luego una fase de ritualización hasta el siglo XVIII y todavía en el XIX un período de dolorismo exaltado, de manifestación dramática y de mitología fúnebre. No es imposible que el paroxismo del duelo en el siglo XIX esté en relación con su prohibición en el siglo XX, lo mismo que la sucia muerte de post-guerra, de Remarque a Sartre y Genet, aparece como la negación de la muerte noble del romanticismo.

### **El derecho a llorar a los difuntos**

A la necesidad milenaria del duelo, más o menos espontánea o impuesta según las épocas, ha sucedido hacia la mitad del siglo XX su prohibición. En el tiempo que dura una generación ha sido invertido el estado de cosas: lo que estaba recomendado por la conciencia individual o por la voluntad general queda, en adelante, prohibido; lo prohibido es ahora recomendado. No conviene ya exhibir la propia pena ni demostrar sentirla. El mérito de haber deducido esta ley no escrita de nuestra sociedad pertenece al sociólogo británico Geoffrey Gorer. Él, antes que nadie, comprendió que algunos

hechos, dejados de lado o mal interpretados por las morales humanistas, constituían una actitud global ante la muerte, característica de las sociedades industrializadas. Su experiencia personal y sus reflexiones dieron origen al notable artículo *Pornography of Death*, confirmado, precisado y enriquecido más tarde por una encuesta sociológica sobre la actitud ante la muerte y el duelo en Inglaterra (1963).

Hablando de la muerte de un hermano suyo, cuenta que, naturalmente, se le había ocultado que moriría. Luego se consideró una felicidad el que hubiera muerto sin saber lo que pasaba. Cuando llegó el momento de la última limpieza del cadáver, las ancianas enfermeras especializadas en ello hablaban solamente del "enfermo". Al acabar su trabajo, aparecieron satisfechas porque "el paciente tiene ahora buen aspecto". No fue enterrado, sino incinerado; Gorer considera que no sólo por razones prácticas, sino por ser éste el medio más radical de deshacerse de los muertos. Finalmente, la esposa del difunto no estuvo presente a ninguna de las ceremonias funerarias, no precisamente debido a prohibición ritual alguna sino "porque no soportaba la idea de perder el control de sí misma y mostrar públicamente su pena".

### **Características de la evolución**

Todo ha comenzado, según Gorer, con la desaparición de las consignas sociales que imponían, durante el tiempo del duelo, conductas rituales y un estatuto especial para la familia y para la sociedad en sus relaciones con la familia. Poco a poco, nuevas convenciones se han impuesto, pero espontáneamente y sin que se tome conciencia de su originalidad. Todavía hoy no están formalizadas a la manera de los antiguos usos, pero no por ello dejan de tener poder obligatorio. La muerte ha llegado, en el siglo XX, a ser un tabú, una cosa innombrable y, como antes el sexo, no conviene decir su nombre en público y mucho menos obligar a los otros a hacerlo. Gorer lo muestra de manera chocante. Se decía en otro tiempo a los niños que ellos nacían dentro de un repollo, pero se les permitía libremente asistir a la gran escenificación de despedida en la habitación o a la cabecera de un moribundo. Aun en el siglo XIX, en que se los había alejado del lecho de muerte, los niños tenían siempre su lugar en las exequias, vestidos de negro de la cabeza a los pies. Actualmente, se inicia a los niños, desde la más temprana edad, en la fisiología del amor y del nacimiento, pero cuando al no ver ya más a su abuelo preguntan el por qué, en Francia se les responde que ha partido para un viaje muy largo, y en Inglaterra que descansa en un bello jardín.

Así, pues, los parientes del difunto están obligados a fingir indiferencia. La sociedad exige de ellos un control de sí mismos que corresponde a la decencia o dignidad que impone a los moribundos. Si el moribundo debe, al mismo tiempo, superar sus dificultades y colaborar gentilmente con médicos y enfermeras, el pobre sobreviviente debe ocultar su pena, renunciar a retirarse a una soledad que le traicionaría y continuar sin pausa su vida de relaciones, trabajo y distracciones. De otro modo, sería excluido, y esta exclusión tendría unas consecuencias totalmente distintas de las de la reclusión ritual del duelo tradicional. Ésta era aceptada por todos como una transición necesaria, y comportaba costumbres igualmente rituales como las visitas de condolencia, las "cartas de pésame", los "auxilios" de la religión. Actualmente, la exclusión tiene el carácter de una sanción análoga a la que afecta a los desclasados, a los enfermos contagiosos, a los maníacos sexuales. El que quiere librarse de ella debe, pues, conservar la máscara en público y no quitársela más que en la intimidad más segura: "no se llora, dice Gorer,

más que en privado, como uno no se desnuda más que en privado" ("como si fuera algo análogo a la masturbación"). La sociedad rehúsa hoy reconocer en el *desconsolado*, en el hombre golpeado por la muerte y el duelo, un enfermo a quien se debería, al contrario, socorrer. La antigua civilización era a este respecto más comprensiva, quizá más "moderna", más sensible a los efectos patológicos de un sufrimiento moral reprimido. La prohibición del duelo empuja a aturdirse de trabajo, a veces a simular vivir en compañía del difunto, a imitar sus gestos, sus palabras, sus manías. Se ven, entonces, reaparecer manifestaciones extrañas de dolor exaltado, que parecen nuevas a Gorer pero que son familiares al historiador de las costumbres. Pero sólo las apariencias son comunes. Las antiguas manifestaciones rituales, aun las toleradas en la época románica, tenían por fin la liberación del dolor. Actualmente, se puede uno preguntar si una gran parte de la patología social no tiene su fuente en la evacuación de la muerte fuera de la vida cotidiana, en la prohibición del duelo y del derecho a llorar a los propios muertos.

## **LA INVENCION DE NUEVOS RITOS FUNERARIOS EN LOS EE. UU.**

### **¿Una característica estructural?**

Según los análisis precedentes, existe la tentación de admitir que la prohibición actual de la muerte es una característica estructural de la civilización contemporánea. La desaparición de la muerte en la conversación y en los medios familiares de comunicación pertenecería, como la prioridad del bienestar y del consumo, al modelo de sociedades industrializadas. Se encontrarían, naturalmente regiones en donde persisten formas arcaicas de mentalidad, pero no se trataría más que de supervivencias ilusorias destinadas a una regresión inevitable junto con las mentalidades a las que están asociadas. El modelo de la sociedad futura les será impuesto y acabará con la evacuación de la muerte, ya comenzada en las familias burguesas, sean éstas progresistas o reaccionarias.

### **La ceremonia del entierro en los EE. UU.**

Todo lo que acabamos de describir en las páginas precedentes es también verdadero respecto de América: la alienación del moribundo, la supresión del duelo, excepto lo que concierne al entierro propiamente dicho. El americano ha rechazado simplificar tanto como el modelo inglés de Gorer el rito de las exequias y del entierro. Pero hasta el último suspiro y antes del entierro, las cosas suceden en América del mismo modo que en Inglaterra. La satisfacción de las enfermeras encargadas de la limpieza y preparación del cadáver es la misma: "ahora tiene buen aspecto". Pero en el medio inglés, este entusiasmo se extingue enseguida, al no ser compartido por la familia ni recomendado por la sociedad. Lo esencial allí es hacer desaparecer el cuerpo con decencia ciertamente, pero también con rapidez y completamente, gracias a la incineración. Por el contrario, en América, la *toilette* funeraria marca el comienzo de una serie de ritos nuevos, complicados y suntuosos: embalsamamiento del cuerpo para restituirle las apariencias de la vida; exposición en el salón de un *Funeral Home* donde el muerto recibe por última vez la visita de sus parientes y amigos en medio de flores y música; exequias solemnes; entierro en cementerios acondicionados como parques, embellecidos con monumentos y destinados a la edificación moral de visitantes, más

bien turistas que peregrinos. Son ya bien conocidas estas costumbres funerarias por las caricaturas de E. Waugh, y por las críticas de J. Mitford en su libro *The American way of death*.

### Una solución de compromiso

La literatura moralista y polémica sugiere, como causa de estos ritos, la explotación comercial o la perversión del culto al bienestar. Sin embargo, tal interpretación puede llegar a enmascarar el sentido verdadero de tales prácticas: el rechazo de una evacuación radical de la muerte y la repugnancia ante la destrucción física sin ritos y sin solemnidad. Este mismo motivo explica que la incineración esté tan poco extendida en EE. UU.

La sociedad americana se encuentra tan apegada a sus nuevos ritos funerarios, ridículos quizá para los europeos y aun para sus propios intelectuales, que en esta ocasión se rompe la prohibición que pesa sobre la muerte. Evidentemente, hay también aquí un objeto de consumo. Pero es notable que, a pesar de la prohibición que pesa sobre la muerte en todos los sectores de la vida social, haya podido llegar, por ejemplo, a ser motivo de publicidad. El americano no se comporta respecto a los muertos, una vez muertos, como respecto a la muerte en general o respecto al moribundo y al superviviente. No sigue la pendiente hacia donde le lleva la modernidad. Deja a los muertos el espacio social que las civilizaciones tradicionales les habían reservado siempre y que las sociedades industrializadas reducen casi a nada. Mantiene el adiós solemne a los muertos que, en las otras provincias del mundo de la técnica y el bienestar, se reduce al mínimo posible.

Esta solemnidad hubiera podido situarse, como antiguamente, en la misma casa del difunto. Pero las nuevas prohibiciones sobre la muerte se oponían al retorno del muerto muy cerca de las habitaciones de los vivos. Se ha imaginado, pues, dejar el cuerpo en un lugar neutro que no fuera ni el anónimo hospital ni la misma casa; es decir, en el *Funeral Home*, a cargo de una especie de hotelero especializado en la recepción de difuntos, el *Funeral Director*. La estancia en el *Funeral Home* es un compromiso entre la desritualización, decente pero apresurada y radical, de la Europa del norte y las ceremonias arcaicas del duelo tradicional. Estos nuevos ritos son, igualmente, un compromiso entre la repugnancia a dejar de establecer un tiempo de reposo solemne después de la muerte y el respeto general a la prohibición que pesa sobre la muerte. Por esto, estos ritos parecen tan diferentes de los ritos a que estamos habituados y, en consecuencia, tan ridículos. Recogen, sin duda, algunos elementos tradicionales, pero su sentido ha cambiado totalmente. En el *Funeral Home* no se celebra ya a la muerte, sino a la muerte transformada en casi vida por arte de los enterradores. En la América de hoy, las técnicas químicas de conservación sirven para hacer olvidar la muerte y para crear la ilusión de la vida. El casi-vivo recibirá, por última vez, a sus amigos, en un salón lleno de flores y al son de una música dulce o grave, jamás lúgubre. En esta ceremonia de adiós se ha borrado la idea de muerte, lo mismo que toda tristeza y patetismo. Es la primera vez que, de modo generalizado, una sociedad reverencia a sus muertos rehusando concederles el estatuto de muertos.

## CONCLUSIÓN

Así, pues, durante el último tercio de siglo se ha producido un fenómeno enorme que sólo se comienza a percibir: la muerte, esta compañera familiar, ha desaparecido del lenguaje; su nombre ha llegado a ser prohibido. En lugar de las palabras y signos que nuestros antepasados habían multiplicado, se ha extendido una angustia difusa y anónima. Se trata de un cambio profundo.

En realidad, durante la alta edad media, la muerte no ocupaba tampoco un lugar principal: no estaba desplazada como hoy, pero su poder estaba embotado por su extrema familiaridad. A partir de los siglos XII y XIII, la muerte invade las conciencias y preocupaciones, al menos las de los litterati: Por otra parte, se sabe que la segunda edad media es la época en que el individuo se separa de las más antiguas representaciones colectivas, donde el individualismo se afirma bajo todas sus formas: religiosas, económicas, culturales. El testimonio más claro de individualismo es, me parece, el testamento. Éste se constituye como una forma de género literario y llega a ser el medio de expresión del individuo, testimonio de su toma de conciencia. Los progresos de la ciencia, la afirmación de los derechos del hombre, el desarrollo de la burguesía en el siglo XVIII, corresponden a un estado avanzado del individualismo.

Sin embargo, en la desapercibida intimidad de la vida cotidiana, la libre disposición de sí mismo estaba ya entonces amenazada por la represión familiar primero y, después, por la del oficio o la profesión. La correspondencia cierta entre el triunfo de la muerte y el triunfo del individuo durante la segunda edad media nos invita a preguntarnos si no existe una relación semejante, pero inversa, entre la "crisis actual de la muerte" y la de la individualidad.

**Tradujo y condensó: HUGO FERNÁNDEZ**